

-Título de la comunicación: Morada y hospedaje en el Cantar de los cantares

-Nombre del/a expositor/a: Agustín Costa

-Institución a la que pertenece: Parroquia San Pedro y San Pablo – Diócesis de San Isidro

-E-mail y lugar: agustincostajho@gmail.com

Nadie es huésped en casa propia. Lo es al ser invitado a un espacio que le es ajeno y que se le brinda como morada. Como ofrenda. El Cantar de los Cantares desarrolla un diálogo amoroso entre un Esposo deseado que llama, invita y se aleja. Que enciende el deseo de la Esposa, que ansía albergue. Lo busca, lo reclama.

Dejaré de lado la cuestión hermenéutica acerca del sentido primario o literal del poema bíblico. Ya Orígenes señalaba que fue escrito en forma de drama, como parábola en la que intervienen dos personajes y un coro. Lo que validó su subsiguiente simbolización y su utilización en la liturgia de la Pesaj –Pascua judía- como el Cántico que expresa en términos nupciales la Alianza entre Yahveh y el pueblo de su elección. Analogía recurrente en los Profetas. Y que la exégesis cristiana, siguiendo a San Pablo, homologará con la relación existente entre Cristo y la Iglesia. Entre Él y el alma creyente. Los versos del Cantar serán el paradigma de toda unión mística. De toda búsqueda, de todo encuentro.

Las imágenes que lo describen lo vinculan estrechamente con la literatura erótica del Oriente medio. El drama amoroso, dialogal, transcurre en una atmósfera intangible. El Cantar no recurre a la vista ni al tacto, sino al olfato, al gusto, al oído. A aromas que lo envuelven y seducen. “Uno puede resistir un argumento –escribe Paul Claudel- pero ¿quién puede resistir un perfume?”

“Las mandrágoras han exhalado su fragancia” La Esposa es nardo. El Esposo mirra e incienso. Ha pasado el invierno, es tiempo de primavera, donde todo retoña. La mandrágora excita los sentidos. Provoca la fecundidad de los cuerpos, como hizo en la historia de Jacob y Raquel, amenazada por la esterilidad de la esposa. EL nardo es frágil. La mirra es ungüento y el incienso arde para ofrecerse en el culto y ascender a los cielos.

El Esposo es delicioso “evocaremos sus amores más que el vino”. Y su voz despierta, enardece a la Esposa en vela.

En ese ámbito surge el diálogo. Asistimos a la paradoja: ambos se desean y de algún modo se niegan. “Llévame”, dice ella. “Ven” dice el Esposo:

“Llévame en pos de ti, corramos”. Muéstrame el camino. ¿Dónde apacientas tu rebaño?. Anhela no ser más una vagabunda. Morar en su alcoba. “Levántate amada mía, ven” Invita el Esposo. “Me has robado el corazón”. Despierta.

Agónica sinergia entre búsqueda y desencuentros. La Esposa vela entredormida. La voz del Esposo la reclama: “Ábreme”. Ella ya está desnuda pero se estremecen sus entrañas ante la cercanía del Amado. Responde pero Él se ha ido: “Lo busqué y no lo encontré”, sólo persiste el deseo. Él se sugiere, invita y se aparta. Enciende las ansias. Inaccesible.

¿Dónde será posible el encuentro, la consumación de los deseos que consumen a ambos?

Aquí las imágenes se suceden. A diferencia de los aromas, de la voz, del gusto, ellas circunscriben lugares concretos. Es curioso el juego que las imágenes intercalan. Tanto uno como otra los repiten, se confunden. Apenas lo enumeraré.

Él es Mansión, lugar del Rey. Diván.

Ella tienda.

En el lecho lo busca. Ansía ser llevada a su bodega.

El Esposo es huerto, lugar de delicias. Sabroso. Monte de mirra, colina de incienso. Ella es huerto. Fuente sellada. Pozo de aguas vivas.

La Esposa intenta que Él habite, introducirlo, a la casa de su madre, a la alcoba donde fue concebida. Allí el Esposo será maestro, le enseñara los designios. Ella anhela una intimidad que le revele su rostro.

Pero, sólo será el desierto el hogar del encuentro.

“¿Quién es ésta que sube del desierto apoyada en su Amado?” Se pregunta el coro.

“¿Qué es eso que sube del desierto como columna de humo?” Es Salomón que llega. Su mención remite el Cantar a la época del destierro. El regreso nupcial a la Tierra prometida, desbastada por las infidelidades de la Esposa. La que sin embargo, destila en su boca miel y leche que atraen la Esposo a renovar la Alianza. A hospedar nuevamente a la Esposa en su seno.

Todo transcurre en la noche, entre sombras. De modo fugaz, casi furtivo.

“A su sombra apetecida –dice la Esposa- estoy sentada y su fruto me es dulce al paladar”.

Toda sombra remite a una presencia. A quien la vierte. Presagia su cercanía, la delata.

Como en el desierto la sombra de Yahveh cubrió la tienda de reunión y en ella se hizo presente, acompañando la travesía. Transfigurando a quién en ella se sumerge, a quien es invitado. Espacio mistagógico del encuentro.

Estas son las imágenes que articulan el Cantar. La escenografía del drama. ¿Qué ocultan? ¿Qué revelan? ¿Cuál será la morada del hospedaje?

La literatura rabínica posterior elaboró un término preciso para describirlo: “Shékhinah”, como espacio teúrgico del encuentro. Su raíz remite a un nido. Al Tabernáculo –mishah- Lugar por excelencia de la presencia de Dios en el Templo. Lugar restringido de la ofrenda a un Dios que es “Fuego devorador” que devora a quien se atreva a acercarse a Él, pero que se manifiesta en su Sombra, Energía divina que sin ser una emanación de su Gloria la manifiesta y por ella actúa y transforma. La Kabbalah la identificará con el Espíritu –Ruach- soplo divino. Aún el Islam que absolutiza la distancia entre el hombre y su Creador, se referirá a la “Sakinah” como presencia y paz del Dios Altísimo. “Lugar” que recibe y hospeda.

La teología cristiana nos presenta la “epiclesis”, como ámbito nupcial del memorial. En los sacramentos ella posibilita el encuentro del creyente con Dios. Es el Espíritu Santo, su sombra, a la que fue invitada María- Esposa para ser fecundada y engendrar en sus entrañas al Hijo de Dios, el mismo que actúa todo encuentro. La Morada que anhela la fe.